


Temas de conversación

MIRANDA POPKEY

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *Topics of Conversation*
Copyright © 2020 by Miranda Popkey

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte



© de la traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: enero de 2021

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Maria Švarbová

Imagen de la solapa: © Elena Seibert

ISBN: 978-84-121414-6-7

Depósito legal: B-17753-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Este libro es para WRM,
y también para Kent Lowell*

¿Cómo reconocer dónde hay un cuento?
Tengo muchísima experiencia, pero mis escasos
resultados la hacen parecer fútil.

SYLVIA PLATH

Diarios completos, 28 de diciembre de 1958

Desde la orilla, el mar se ve en tres pedazos, como una pintura abstracta que se mueve suavemente. Junto a la arena es un líquido color verde pálido de un lago fértil. Luego viene una franja aguamarina, el color que una imagina al leer la palabra: *agua marina*, agua del mar. Finalmente, un azul intenso, el color de un pigmento, como pintura fresca que brota de un tubo metálico. Sylvia Plath escribió en su diario el mes que conoció a Ted Hughes, ese mismo día, no, el día antes: «¿Qué palabra azul podría capturar esa poción cegadora de la luz azul de la luna sobre el campo llano, luminoso, de nieve blanca, con los árboles negros contra el cielo, cada uno con su propia configuración de ramas?». Pasemos por alto la nieve, los árboles negros. El mar estaba de ese color, el color de *qué palabra azul*.

Aquel verano estaba leyendo los diarios de Plath porque tenía veintiún años y las sensaciones me tenían loca, estaba ebria de ellas. Y, para la clase de persona que va de recha de una licenciatura en Literatura Inglesa a un posgrado de esa misma materia (o sea, para mí), los *Diarios de Sylvia Plath, 1950-1962*, reeditados aquel año en su versión íntegra, cuentan como lectura placentera. Se conocieron,

me refiero a Sylvia y Ted, en febrero, y se casaron en junio, el 16, el *Bloomsday*, el día del Leopold Bloom de Joyce. Fue premeditado. Premeditado y los delató bastante; me refiero a que revelaba que no deberían haberlo hecho, lo de casarse. No era más que simbolismo juvenil. O uno de ellos, al menos. Una de las cosas que te delatan en la vida. Eso pasaba en Otranto, yo estaba allí, en agosto. El mar se veía de tres tonos de lo que podría llamarse azul y yo estaba de vacaciones y no lo estaba.

Los padres de Camila eran psicoanalistas argentinos y yo estaba de vacaciones en el sentido de que habían pagado mi vuelo de Nueva York a Londres y de Londres a Roma y de Roma a Brindisi y el tren de Brindisi a Otranto y también el complejo turístico en el que nos alojábamos, desparramado por una ladera en terrazas y bancales, con muros de ladrillo y todo incluido, de modo que en teoría yo podía pedir, desde las tumbonas de listones de madera pintadas de blanco, cuantas bebidas quisiera. Aunque en la práctica no podía hacer eso porque la razón por la que me habían pagado los vuelos, el tren y la habitación, la razón por la que estaba siquiera con Camila y sus padres, era que Camila tenía unos hermanos gemelos de siete años y era tarea mía ocuparme de ellos. Matteo y Tomás: Tomás era más menudo y rubio, y a Matteo, con su torso bronceado y el pelo oscuro y rizado, lo confundían todo el rato con un lugareño. Por el nombre también, claro; el padre de Artemisia era italiano, de ahí que lo pronunciaran así. Vivían en el Upper West Side, y Artemisia y los niños y el marido, Pablo, eran de «origen» argentino. Camila y yo éramos amigas, un punto más en la columna de las vacaciones.

Las primeras dos semanas fueron las más duras. Los gemelos tenían una niñera en Nueva York, también argentina, y coincidía que agosto era su mes de vacaciones, y conmigo, al principio, se habían amotinado, como suelen hacer

los niños cuando se les somete a una nueva autoridad. No podrían haber sabido con exactitud por qué era reacia a salir corriendo de su habitación hacia la de sus padres, para comprobar una vez más qué era lo que supuestamente debían o no debían comer y ver en la tele, hasta qué hora se suponía que podían quedarse levantados o no, pero sin duda captaron esa reticencia mía, la enormidad de mi aprensión. Artemisia solo me había dado unas pautas generales (que no se pasen con las golosinas, y no le quites ojo a tu vino, porque intentarán echarse un poco en su Coca-Cola), y una mujer que no fuera yo lo habría entendido como una licencia, una mujer distinta habría sabido, por cómo se maquillaba los ojos Artemisia, por los vestidos largos y sueltos, sin mangas, que llevaba, por las pulseras que acumulaba en su brazo delgado y bronceado, por las gafas de sol y los pañuelos, por el hecho de que Pablo solo me hubiera hablado directamente en tres ocasiones y nunca sobre los niños, que poner normas era cosa mía. Pero yo era una chica insegura, andaba corta de determinación y autoestima, y deseaba gustarles a Artemisia y Pablo, a Artemisia en particular, porque enseguida me resultó evidente, por los vestidos sueltos y las pulseras y también por la forma en que Pablo inclinaba la cabeza cuando hablaba conmigo, de modo que sus ojos, porque ya era bajo de por sí, no miraban exactamente mi cara, que la aprobación de ella sería la más difícil de conseguir. Aquellas primeras semanas las pasé con el temor de que Tomás y Matteo, al que llamábamos Teo, de modo que eran Tom y Teo, con la «o» de Tom cerrada para que no sonase en absoluto como una abreviatura del *Thomas* americano, fueran corriendo a sus padres con el cuento de que la nueva niñera era horrorosa y pidieran que la echaran. Como si estuviera en alguna imitación de una novela de Henry James, algún remedo de adaptación hecha por la productora Merchant Ivory.

Y así transcurrió la primera semana, en la que yo trataba de negarles una golosina por aquí o un privilegio por allá y ellos se quejaban y yo cedía de inmediato, en la que les compraba *bomboloni* por la mañana y *cornetti* por la tarde y conseguía que no tuviesen apetito para la cena a las ocho y ellos pedían quedarse levantados hasta la película de las once y cuarto de la noche en Retequattro, y se quejaban diciendo «Da igual que no sea apta para niños», y fue así como Tom y Teo se quedaron dormidos viendo *Instinto básico* y yo pensé que, bueno, seguro que la habían recortado para esa emisión y que por supuesto estaba doblada y que en realidad hasta qué punto entendían ellos el italiano, por mucho que tuvieran un abuelo y parientes maternos que lo hablaran fluido. Como si el problema fuera la lengua. Eso sí, no le quité ojo al vino.

La segunda semana fue peor porque ya estaban cansados de conseguir lo que quisieran, y el deseo, en esos casos, no consiste tan solo en conseguir lo que uno quiere sino en sentir que te has salido con la tuya al conseguir lo que querías, de modo que entonces empezaron a dar problemas de verdad, problemas del tipo «causar daños en el hotel», motivo por el cual, en la velada de la décima noche, me encontré chillando, gritándole realmente por primera vez a Teo para que dejara de usar el cuchillo dentado de la cena con el fin de sacarle las plumas a un cojín. Respondió de maravilla: dejó de hacerlo al instante y solo lloró un poquito, se comió sus *frutti di mare* en silencio, no pidió después un helado ni profiteroles con chocolate. Y todo el tiempo tenía los ojos muy abiertos y una leve sonrisa en los labios rosados y húmedos, con la esperanza de recibir a cambio también una sonrisa, un gesto de aprobación con la cabeza. Es cierto lo que dicen algunos: los niños ansían en realidad que les pongan límites. Con ese «algunos» me refiero a Artemisia.